

pueda parecer que la escenografía urbana no interesa demasiado a Darío, en su imaginario, desde el comienzo de su trayectoria hasta las obras finales, siempre está presente la imagen de una ciudad ideal, aquella que podemos denominar «ciudad ideal modernista».

Richard A. Cardwell (University of Nottingham) ha escrito para este libro un corrosivo artículo —«Cómo se escribe una historia literaria: Rubén Darío y el modernismo en España»— en el que trata de rebatir, o al menos poner en tela de juicio, la opinión consolidada en las historias de la literatura y otras obras críticas, de que las dos visitas a España de Rubén Darío marcaran un hito esencial en la gran revolución de las letras españolas de fin de siglo, es decir, de la llegada mesiánica de Darío y el triunfo del «nuevo evangelio» de los poetas jóvenes sobre la gente vieja bajo su inspirado liderazgo. Esta «historia» falsificada se consagró entre 1930 y 1960 y de una manera muy significativa. Se basa en las teorías de Michel Foucault y Hayden White contra la historia para concluir que «Las historias de la literatura no son, de ninguna manera, inocentes o naturales o eficaces, ni mucho menos, científicas» (p. 22). Al leer estas supuestas historias tenemos que dar cuenta de las ideologías que se esconden en los discursos críticos y las estrategias que elaboraron.

Darío es probablemente el escritor latinoamericano poseedor del mayor corpus crítico sobre su obra. *El cisne y la paloma*, a caballo entre el libro de texto y la crítica especializada, tiene ensayos interesantes, pero no supone novedad fundamental alguna. Ofrece una panorámica clara y cumple su objetivo, pero no resulta un libro imprescindible salvo para aquellos que preparan la oposiciones de «agrégation» o «CAPES».

PALOMA JIMÉNEZ DEL CAMPO

Universidad Complutense

Anuario 1994. Narrativa, La Habana, Unión de Escritores y Artistas de Cuba, 1994.

La publicación de un libro en Cuba, sea cual sea su contenido, no es fácil debido a la actual situación de crisis en que se encuentra este país. Por ello, el presente volumen ofrece un interés inusitado, el de recoger relatos breves, muestra de la actividad literaria de la Isla, que no tienen posibilidad de ser editados por la carencia de papel. La labor de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, editora de este volumen, es encomiable, pues sigue promocionando y facilitando la producción literaria pese a las dificultades que esto supone en momentos de casi total paro editorial.

Este Anuario está en la línea, ya clásica en la literatura cubana, de las antologías de cuentos, aunque en la introducción dirigida al lector

se subraye que no se ha pretendido antologar, sino mostrar un «granero» de la narrativa breve que se está escribiendo en Cuba. No obstante, en mi opinión, este volumen sí tiene un marcado carácter de antología, ya que recoge textos publicados previamente en revistas y en selecciones de cuentos.

Los noventa y cinco relatos que conforman la obra reúnen la más reciente producción de autores cubanos residentes en su país. La nota introductoria marca los límites entre julio de 1992 y junio de 1993, pero habría que ampliar la fecha inicial, pues alguno de los cuentos aparece ya en publicaciones de 1988, aunque bien es cierto que su divulgación se ha realizado en estos últimos dos años. Los autores de los textos recorren varias generaciones de escritores cubanos; desde los nacidos en las primeras décadas del siglo hasta los que actualmente cuentan con una veintena de años. Por lo tanto, en esta recopilación de textos convergen diversas generaciones y también diversos estilos o modos de entender y realizar la literatura. Para obtener una visión más clara del contenido completo del volumen he aplicado el criterio cronológico que, en principio, delimita claramente el campo de análisis.

Nos encontramos, en primer lugar, con el grupo de narradores que comenzaron a publicar en los años cincuenta y sesenta y que, por lo tanto, cuentan ya con un amplio bagaje literario. Autores como Cintio Vitier, Gustavo Eguren, Lisandro Otero, Humberto Arenal y Miguel Collazo que, en su larga andadura literaria, han cultivado ya diferentes géneros. El caso más ilustrativo es el de Vitier quien a su obra poética y narrativa ha añadido una valiosa actividad crítica, aunque no se ha distinguido especialmente por su labor cuentística. No es ese el caso de Humberto Arenal o de Víctor Agostini, también presente en el Anuario, que sí demostraron una clara preferencia por el relato breve desde sus primeras incursiones en el mundo literario.

De los textos que presentan estos narradores destacaremos el que aporta Lisandro Otero, *El desfile*, que está dentro del estilo tradicionalista, pero aborda de una manera sabia la situación de la sociedad cubana en los últimos años. El cuento plantea, a través de un narrador en primera persona y un abundante uso del diálogo, la contradicción que se vive en la Isla. La propuesta ante la situación no es violenta ni desesperada, sino sencillamente opta por la «tranquila oscuridad», la respuesta del que asume y acata, pero teniendo claros sus principios. De carácter más dramático es el relato *La cortina oscura* de Víctor Agostini que elige un tema acorde con la postura ideoestética originaria de este grupo literario que buscaba temáticas universales en las que dominaba la angustia existencial.

A este grupo de escritores sucedieron otros que sí hicieron ya del cuento el eje de su producción y que volvieron a la cuentística como género narrativo idóneo, tal como sucedió en los años cuarenta. De estos, que la crítica denominó «Nuevos cuentistas» y que fueron artífices del

profundo cambio de los años sesenta, el Anuario recoge un buen número de relatos. Relatos, por su puesto, que han modificado su tono y su estilo con respecto a los que caracterizan las obras de los primeros años de la Revolución. Nombres como los de Hugo Chinae, Eduardo Heras León, Miguel Barnet o Félix Luis Viera firman cuentos de este volumen de narrativa cubana. Heras León, que fue uno de los denominados «narradores de la violencia», junto a otros excelentes creadores de cuentos como Jesús Díaz y Norberto Fuentes, ha cambiado radicalmente su tono. De aquellos textos en los que la violencia era no sólo un componente de la anécdota, sino también una parte articuladora del estilo no queda mucho. Así, *La visita* es un cuento en el que el autor utiliza la fascinación de un joven por la poesía para hablar del poeta cubano Emilio Ballagas y exponer sus ideas poéticas. Vemos pues, como es un cuento que elige un personaje histórico inscrito en un ámbito concreto, el de la poesía, ámbito que es el núcleo del relato. Muy diferente es el relato de Hugo Chinae, *El barón Cadáver*, que toma como pretexto unos jóvenes fumadores de droga para hacer una exhibición del argot de la marginalidad. *Miosvatis*, el cuento de Miguel Barnet, escritor ampliamente reconocido por la crítica internacional, tiene un carácter más lírico. Da una visión empañada de un fenómeno común en la sociedad cubana, «la jinetería» o prostitución, que tiene en los turistas uno de sus principales objetivos.

Siguiendo con la línea cronológica, encontramos también textos de autores que nacieron ya a finales de la década del cuarenta y principio de la del cincuenta y que se han dado a conocer en los años setenta y ochenta. A estos el profesor y crítico cubano Salvador Redonet los ha agrupado bajo el distintivo de «Nueva promoción». Esta nueva hornada de escritores también hizo del cuento su principal vía de expresión artística, plasmando las contradicciones del proceso revolucionario en una escritura preocupada por el individuo más que por la historia. En sus relatos aparece una clara tendencia metafórica y una preocupación por la conquista del lenguaje. Componentes de este grupo que aparecen en el *Anuario 1994 de Narrativa* son Abel Prieto, López Sacha, Miguel Mejides, Reinaldo Montero, Luis M. García, Arturo Arango y Leonardo Padura. Las propuestas de estos autores son muy diversas: Sacha nos ofrece un relato erótico titulado *El cuadrado de las delicias*, en el que la música, que aparece tanto en el tema como en la forma, cobra una especial significación; el texto de Padura recrea la condición del homosexual en el ámbito urbano. Este tema, el de la homosexualidad, está siendo tratado con interés por los narradores cubanos, que tratan de abrir los ojos a una sociedad reaccionaria frente a este fenómeno. Fruto de este interés es el film *Fresa y Chocolate*, basado precisamente en un relato del narrador cubano Senel Paz, *El lobo, el bosque y el hombre nuevo*. En este caso, Padura expone la soledad a la que se ve condenado el homosexual y que le conduce a la destrucción. Por último, es el escritor Arturo Arango el que nos presenta una obra más elaborada. *Who wants to*

live for ever es un cuento en el que una disposición metaliteraria envuelve una reflexión sobre la existencia humana. El juego de tiempos que se enlazan conduce a un trazado circular de eterno retorno.

Por último, el *Anuario* recoge una gran cantidad de cuentos que pertenecen a autores noveles. En este sentido, es sorprendente la abundancia de cuentistas que están apareciendo en la literatura cubana. Autores que, pese a su juventud, escriben textos de calidad e interés y que han formado un círculo creativo de importante magnitud. Estos escritores comienzan a publicar a partir de 1983, coincidiendo con la publicación de obras pertenecientes a autores de la promoción anterior. A este grupo se les viene denominando «Novísimos» y son escritores nacidos y formados en la Revolución, que tienen unos planteamientos más críticos e irreverentes que los anteriores y que han roto los preceptos vigentes para proponer otros mucho más transgresores. La actividad de estos novísimos cuentistas ha atraído el interés de los ya consagrados, lo que ha dado como resultado la publicación de diversas antologías. Destacan entre ellas las realizadas por Arturo Arango⁹, Senel Paz¹⁰, Leonardo Padura¹¹ y Salvador Redonet¹². El número de nuevos valores literarios que dedican su atención al cuento es muy amplio, pero sorprendentemente tanto las antologías mencionadas, como el *Anuario* coinciden en bastantes nombres. Entre ellos sobresalen Rolando Sánchez Mejías, Rogelio Saunders, Roberto Urías, Amir Valle, Rodríguez Tosca y Alberto Garrido. La estética de estos autores está inserta ya en el Posmodernismo, aunque toman referentes de su propia literatura, especialmente a Piñera y a Sarduy. Como es lógico, entre tantos cultivadores del género podemos discernir diversas tendencias, aunque todos coinciden en una drástica reducción de la anécdota. La escritura se establece como problemática y como proceso fragmentario.

De estos escritores algunos ya se han consolidado como figuras literarias. Es el caso de Rolando Sánchez Mejías, que junto con Saunders y Urías son los iniciadores del grupo. Francisco López Sacha incluye a estos autores bajo el rótulo de «Iconoclastas» y los diferencia de otros que están más en la línea tradicional de elaboración del cuento, como Alberto Garrido y Rodríguez Tosca. Los relatos de los iconoclastas profundizan en la interiorización psicológica de los personajes y plantean en términos filosóficos lo cotidiano. Los tradicionalistas conservan el conflicto, aunque persisten en la renovación formal.

De los relatos que aparecen en el *Anuario* cabe destacar el de Roberto Urías, *¿Por qué llora Leslie Caron?*, que figura en diversas publicaciones

⁹ *Letras cubanas*, núm. 9, julio-septiembre, La Habana, 1988.

¹⁰ *Los muchachos se divierten*, La Habana, Ed. Abril, 1989.

¹¹ *El submarino amarillo*, México, 1993.

¹² *Los últimos serán los primeros*, Letras Cubanas, Madrid, 1993.

anteriores y que da título a un libro del autor premiado en 1986. El texto nos transmite, a través de un personaje homosexual, cuál es el medio social en el que ha de desenvolverse y cómo se le niega su condición.

Abunda en estos autores una preocupación social que podemos apreciar en *En la llanura* de Amir Valle. El cuento elige el tema del internacionalismo bélico de Cuba, tantas veces ya tratado por cuentistas anteriores, pero lo renueva al llevar a un primer plano la idea del hombre como protagonista de su propia vida. El mismo tema lo trata otro autor que aparece en este volumen, Angel Santiesteban, que combina el plano realista con el alegórico en su relato *Sur: Latitud 13*.

En general, podemos apreciar una ruptura con lo genérico que conduce a un planteamiento aurorreflexivo, hilo conductor del relato. Textos como *Umbral de Rolando Sánchez Mejías*, *La aventura* de Garrandés o *Coronación* de Saunders apuntan esa nueva escritura.

Otra línea es la que marcan aquellos que llevan al texto los ambientes marginales de los jóvenes cubanos, los grupos de rockeros y jóvenes rebeldes; en esta línea están los textos de Raúl Aguiar, *Maximotritón*, de Ricardo Arrieta, *Alguien se va lamiendo todo*, y de Díaz Mantilla, *La manzana magenta*.

Así pues, nos encontramos ante cuatro generaciones o grupos literarios que convergen en el tiempo, aunque con diferentes visiones del mundo. A través de los cuentos publicados en el *Anuario* podemos ver cuáles son esas diversas concepciones y cómo algunas se siguen modificando y transformando con la práctica literaria. Este volumen de relatos refleja nitidamente cómo la actividad narrativa en Cuba tiene un campo de acción muy amplio y cómo los autores instalados ya en el podium literario siguen produciendo y, al mismo tiempo, promocionando y valorando a figuras que aún no tienen eco.

Finalmente, la calidad de los textos, tanto de unos como de otros, hace pensar en que la literatura cubana ha elegido el género del relato breve como uno de los más adecuados para expresar la realidad de su entorno en la última década del siglo.

ANA B. MARTÍN SEVILLANO
Universidad Complutense

Julio Cortázar, *Obra crítica/1* (Ed. de S. Yurkievich); *Obra crítica/2* (Ed. de J. Alazraki); *Obra crítica/3* (Ed. de S. Sosnowski), Madrid, Alfaguara, 1994.

La obra de ficción de Julio Cortázar estuvo siempre acompañada por la reflexión crítica. Sólo desde finales de los años sesenta esta actividad, hasta